Resumen del texto 18: Homo Religiosus – El cristianismo

El texto 18 ofrece una síntesis teológica integral de las ideas fundamentales del cristianismo. A partir de conceptos bíblicos esenciales, como el binomio dinámico «carne y espíritu», la individualización de la Alianza, la estructura estratificada del Sheol y la resurrección del cuerpo sutil y espiritual, el texto expone la esencia de la fe cristiana.

1. La vida cristiana encuentra su fundamento en la Santísima Trinidad

- en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se hace íntimamente cercano mediante la oración perseverante. Desde Génesis 6:3, el pensamiento bíblico está regido por el binomio dinámico fundamental «carne» frente a «espíritu». El «espíritu» representa la fuerza vital divina inagotable (*dunamis*), mientras que la «carne» hace referencia a un nivel energético debilitado, primitivo o degradado por el pecado y el comportamiento inmoral. El ser humano escucha la voz de Dios a través de la conciencia y de las inspiraciones interiores, en las que el Decálogo (los Diez Mandamientos) constituye la norma ética decisiva que impide el descenso al ámbito de la carne.

El único Dios creador (Elohim) se distingue absolutamente de los seres superiores creados, los ángeles y los ídolos. Estos seres son designados como «elementos del mundo» (tronos, dominaciones y potestades), a los que están sometidas las estructuras mundanas. Jesucristo, como cocreador, participó de la condición carnal, murió según la carne y resucitó según el espíritu para desarmar estos poderes mundanos. En la historia de la salvación, la degradación hacia la carne -como en las uniones sexuales con ángeles caídos (*nefilim*) en tiempos de Noé o en la sodomía desvergonzada de Sodoma en tiempos de Lot- conduce al retiro del Espíritu de Dios y a la destrucción causada por las fuerzas de la naturaleza. Quien siembra en la carne cosecha corrupción y desciende al Sheol (el inframundo), mientras que quien siembra en el espíritu recibe la vida eterna.

2. Hacia una Nueva Alianza y la responsabilidad individual

La existencia carnal se manifiesta en obstáculos demoníacos, ritos paganos de fertilidad (como el culto a Baal en Sitim) y los errores de los falsos maestros. Según Jesús en Lucas 17, la historia de la humanidad hasta la llegada del Hijo del hombre repite la dinámica de los tiempos de Noé y Lot, en los que la mayoría se deja absorber por los deseos mundanos. Sin embargo, Cristo descendió a los infiernos para anunciar el mensaje de salvación también a los espíritus de los tiempos de Noé.

Mientras que la Antigua Alianza se apoyaba en intermediarios sociales y genealógicos (sacerdotes, profetas y escribas), así como en la culpa heredada,

la Nueva Alianza (Jeremías 31:31 y siguientes; Ezequiel 36:26 y siguientes; Joel 3:1) inaugura una revolución religiosa. Dios perdona los pecados, escribe Su ley directamente en el corazón del ser humano y derrama Su Espíritu sobre toda carne.

Ezequiel 18 subraya la responsabilidad individual: el hijo no carga con la culpa del padre; quien peca morirá, pero quien se arrepiente y vive concienzudamente según el Decálogo será preservado. Dado que también existen espíritus mentirosos que extravían las almas humanas (como sucede con el rey Ajab en 1 Reyes 22), resulta necesario discernir entre los espíritus.

3. La revelación divina, el Buen Pastor y el bautismo

Dios revela los deseos ocultos del corazón y la culpa inconsciente mediante sueños, visiones nocturnas, enfermedades y encuentros con mensajeros o profetas (Elías, Daniel y Jesús). El sufrimiento y las pruebas suelen actuar como intervenciones purificadoras en las que los ángeles desempeñan una función mediadora para favorecer la restauración. En Juan 10, Jesús se presenta como el Buen Pastor, cuyas ovejas conocen y siguen Su voz, a diferencia del diablo, que desde el principio es mentiroso y homicida.

La oración constituye el diálogo íntimo en el que el Espíritu Santo auxilia la debilidad humana («Abba, Padre»), algo esencial en tiempos de creciente apostasía y de aparición del Anticristo. El bautismo (Juan 3, Romanos 6) realiza la transición fundamental del nacimiento biológico en la carne al renacimiento por el agua y el Espíritu.

4. La vida, la muerte, la Eucaristía y el Sheol

El misterio de Cristo libera al creyente de las prescripciones alimentarias impuestas por la Ley y de los espíritus del inframundo. En la Eucaristía (Lucas 22, 1 Corintios 11), Jesús hace presente el sacrificio de Su cuerpo y Su sangre como Nueva Alianza. Recibir dignamente la Eucaristía concede fuerza vital divina y vida eterna, mientras que recibirla indignamente conduce a un juicio divino correctivo en forma de enfermedad o debilidad.

La Biblia describe la estructura estratificada del Sheol (el inframundo): la capa superior comprende las estructuras jurídicas y los poderes mundanos, mientras que la capa más profunda (Abadón) se caracteriza por la oscuridad total y el agotamiento energético.

La soberbia terrenal y la riqueza impía -representadas por la locura de Nabucodonosor (Daniel 4) y el sacrílego banquete de Baltasar (Daniel 5)- conducen inevitablemente a la caída en este inframundo. Que los muertos no hayan desaparecido sin más en el Sheol se desprende de 1 Samuel 28, donde el rey Saúl consulta a la médium de Endor y hace que la sombra de Samuel ascienda de la tierra para anunciar la caída del rey.

5. La resurrección, los cuerpos sutiles y la individualización

La idea de la resurrección ya está presente en el Antiguo Testamento, pero 1 Corintios 15 aclara que la Antigua Alianza conocía una resurrección «psíquica» (del alma), mientras que Cristo concede la resurrección «espiritual» en el Espíritu. Lo sagrado posee una energía transitiva y sutil que requiere protección o consagración frente a lo profano (como ocurre con las vestiduras sacerdotales en Ezequiel 44).

Además del cuerpo carnal y del cuerpo espiritual glorificado, las Escrituras reconocen el cuerpo sutil o de materia fina. El cuerpo resucitado de Jesús puede atravesar puertas cerradas, materializarse y volver a un estado sutil, mientras de Su vestidura emana una fuerza curativa (*dunamis*). A pesar de este poder divino, Jesús se encuentra con la «roca de la incredulidad» humana.

Por último, la Nueva Alianza lleva a cabo la individualización de la religión (Jeremías 31, Ezequiel 18 y 36, Joel 3). Los intermediarios pierden su función exclusiva: el creyente entra de manera directa, interior e individual en la intimidad de Dios.